

POLITICA DE DESARROLLO *

Un problema muy discutido actualmente en Inglaterra es si para asegurar el desarrollo es necesario o no una política económica específica. Las naciones más ricas del mundo han alcanzado su actual posición sin ayuda de las políticas especiales, aunque encontrasen facilidades en la existencia de un favorable *background* político y en el mantenimiento de una buena legislación comercial. Por otra parte, el simple hecho de que, desde hace algún tiempo, se haya convertido en habitual el medir las tasas de desarrollo, no representa de por sí un motivo suficientemente válido para suponer que sea necesaria una política para asegurar una tasa de desarrollo elevada. Y esto, incluso, porque los grandes “desarrollos” históricos del pasado se han puesto en marcha por su cuenta. El profesor EDWIN CANNAN ha llegado a afirmar que no se ha sentido nunca la necesidad de una política especial en materia de balanza de pagos, hasta que no se ha empezado a realizar observaciones estadísticas sobre la marcha y la cuantía de los cambios.

Según ADAM SMITH, un sistema económico fundado sobre la libertad de iniciativa puede llegar al más alto grado de progreso posible por sí mismo; cuanto menores sean las interferencias, mejor.

Los países en fase de desarrollo, por otra parte, defienden que su estancamiento decenal, si no secular, debe imputarse a la falta de una adecuada política económica. Se admitirá que todos los países que han pasado efectivamente un período de estancamiento económico puedan tener necesidad de algún nuevo impulso proveniente de una intervención de la política del Estado. Pero, ¿qué puede decirse de los países económicamente maduros?

Aunque las argumentaciones de ADAM SMITH tuvieran un fundamento y un significado únicamente abstracto, algunos países de la Europa continental habían demostrado ya prácticamente que son obtenibles elevadas tasas de desarrollo sin ningún “plan” o política especial prevista al objeto.

(*) Artículo publicado en la *Rivista di Politica Economica*. Fascículo V, serie III.

Es ésta una experiencia indiscutible que, sin embargo, no puede dar una completa certidumbre. Así, no es posible que el caso de Europa se haya tratado de una fase análoga al excepcional adelanto realizado por los Estados Unidos después de la primera guerra mundial. Por lo menos uno de los países de la Europa continental, Francia, ha elaborado un cierto número de "planes" y quienes creen en la necesidad de una política especial de desarrollo pueden remitirse al éxito obtenido en Francia. En el caso de Alemania y de Italia, países en los cuales se ha realizado una programación menos detallada que la francesa, se podría sostener que ha contribuido favorablemente al desarrollo la posibilidad de realizar un rápido aumento de la población industrial, como ha ocurrido en Alemania mediante la emigración del Este y en Italia mediante un traslado de la población del Sur. A este respecto recuérdese que en la fase de su "take off", Inglaterra sacó partido de un amplio flujo de trabajo en la industria, determinado por la revolución agraria de 1760-1830. Alemania probablemente habrá sacado provecho también del hecho de que el nivel de salarios se ha mantenido muy bajo, a base de la reforma monetaria de 1948. Esto ha permitido a la industria alemana "absorber" una inflación de los salarios muy notable. También Japón ha tenido la ventaja de conseguir emplear en la industria una amplia parte de su población activa; a pesar de su modesta extensión territorial tiene todavía 16 millones de personas empleadas en la agricultura contra los 5 millones de América. Japón puede, por tanto, disponer de una enorme reserva con la cual continuar adelante.

Volviendo al tema, nótese que mientras en todos los países se han alcanzado tasas importantes de desarrollo, en los Estados Unidos y en el Reino Unido se ha verificado el fenómeno inverso. En estos dos países el desarrollo se ha mostrado en los últimos años tasas de incremento más bien débiles. Este es un hecho importante a los efectos de la prosperidad del mundo libre en su conjunto, dado que Inglaterra y América están entre los más importantes clientes de las naciones menos desarrolladas. En 1961 los Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido importaron conjuntamente de los países fuera de la O. E. C. D. mercancías por un valor de 14.280 millones de dólares; es decir, más de lo que han importado de los mismos países los otros miembros de la O. E. C. D. conjuntamente considerados (13.008 millones de dólares). Si se considera el peso del Reino Unido en el comercio mundial, es interesante observar que, si excluimos América latina, las importaciones británicas de los países de fuera de la O. E. C. D. (cuyo monto ha sido igual a 4.253

millones de dólares en 1961) han sido superiores a las efectuadas por los Estados Unidos (3.994 millones de dólares). Por consiguiente, un relativo estancamiento y bajas tasas de desarrollo en estos dos países representan un factor importante, que puede influir negativamente en la renta proveniente de las exportaciones y, en consecuencia, en el progreso mismo de las áreas menos desarrolladas.

Se podría afirmar que es lógico y natural que los Estados Unidos e Inglaterra avancen hacia una tasa de desarrollo no elevada por haber llegado más adelante que los demás países en la vía de la madurez. El nivel de vida del Reino Unido puede ser superado ciertamente por otros países que no sean los Estados Unidos, por ejemplo Australia. En el caso de Australia, sin embargo, ésta depende demasiado de la marcha de las exportaciones de un número limitado de productos, por lo cual, para mantenerse, tiene necesidad de que la economía se desarrolle continuamente. Puede argumentarse que no existe ninguna necesidad por parte de los Estados Unidos y de Inglaterra de hacer de la aceleración del desarrollo uno de los puntos principales de su política económica interior. Sus problemas de escasez han sido resueltos en gran parte; aunque existen todavía puntos oscuros que, por otra parte, podrían ser eliminados fácilmente sin particular esfuerzo y sin que la renta nacional deba desarrollarse con tasas de incremento sustancialmente superiores a las actuales. En lo que respecta a los Estados Unidos, algunos autores sostienen que los fenómenos residuales de escasez tienen naturaleza psicológica y sociológica más que económica.

Pero es difícil sostener tales aseveraciones. Si efectivamente los Estados Unidos se estuvieran aproximando a una situación de "saturación", entonces sería posible asegurar un elevado y continuo desarrollo de la producción por persona combinado con una drástica reducción de las horas de trabajo. Alternativamente, e incluso simultáneamente a este remedio, se podría dar nuevo impulso a los programas de ayuda a los países en fase de desarrollo. Todo esto parece verdad también para el Reino Unido.

Por lo tanto, desde el punto de vista del mundo libre en su conjunto, es necesario dedicar mucha atención a las circunstancias que en estos dos países parecen haber representado obstáculos para el mantenimiento de elevadas tasas de desarrollo. Vale la pena subrayar que, como ya he observado en esta Revista (1), lo mismo los Estados Unidos que Ingle-

(1) *Rivista di Política Economica.*

terra han encontrado dificultades en su balanza de pagos. Los casos de los dos países son diversos, sin embargo, en importantes aspectos y deben, por consiguiente, ser considerados por separado. El Reino Unido representa realmente un problema crucial en las consideraciones actuales acerca de la función de una política de desarrollo. El caso de los Estados Unidos, por el contrario, es quizá mucho más simple.

Se podría también objetar por parte americana que los problemas conexos con la balanza de pagos de la misma América empezaron a interesar a la política de desarrollo (quizá algún autor prefiera llamarla "business cycle policy") por primera vez hacia fines de 1958. En Inglaterra, en cambio, ha habido dificultades en la balanza de pagos desde los tiempos de la última guerra mundial.

No está claro si la pausa registrada en el desarrollo se ha manifestado por primera vez en los Estados Unidos en 1958. La tabla que sigue puede ser interesante aunque en ella se hayan recogido únicamente valores extraídos de una simple medida de cifras anuales.

TASAS ANUALES DE INCREMENTO DEL PRODUCTO NACIONAL BRUTO
Y LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS:

	Producto nacional bruto	Producción industrial
1948-1953 (5 años)	5,0 %	5,9 %
1953-1957 (4 años)	2,4 %	2,3 %
1957-1962 (5 años)	3,5 %	3,4 %

Cada período va desde el punto de máxima (a través de la subsiguiente recesión) al próximo punto de mínima. El último período comprende tanto la grave, pero breve, recesión de 1957-58 como la menos grave de 1960-61. El año inicial, 1948, puede considerarse como el año en el cual el sistema económico se había, más o menos, restablecido después de las alteraciones producidas por la guerra. Sobresalen en particular las tasas de desarrollo más elevadas en el primero de los tres períodos considerados. Puede decirse al respecto que fueron debidas al amplio programa de defensa establecido en la época de la guerra de Corea. En la propaganda soviética ha habido siempre, desde el fin de la última guerra, un *leit motiv* según el cual los americanos tienen necesidad de una política de armamentos para mantener un cierto nivel de ocupación. Los datos consignados en la tabla parecen confirmar tal acusación; pero

una cosa es ver las cifras y otra los motivos que han llevado a conseguir esas cifras.

En el primer período, a diferencia de los otros dos, la producción industrial ha progresado en una tasa superior a la del producto nacional bruto, lo que parece avalar la opinión de que la producción de armamentos ha sido el impulso principal. En los otros períodos los gastos por "servicios" han aumentado proporcionalmente a los gastos globales por consumo; un fenómeno bastante natural en una economía madura pero que, ciertamente, no es favorable para los países productores de materias primas.

El período menos favorable ha sido el de la mitad de los "años cincuenta" (1953-1957) en el curso del cual la Europa continental registra los progresos más espectaculares.

Según los principios de la libre empresa, las intervenciones más adecuadas para asegurar un desarrollo sin inflación son las de naturaleza monetaria y fiscal. Mucho se podría discutir acerca de la importancia que las políticas de "descompresión" han tenido para asegurar la fase de recuperación en las diversas recesiones que han registrado los Estados Unidos después de la última guerra mundial. Pero únicamente a partir de 1958 los efectos de una política "extraordinariamente distensiva" han sido realmente examinados.

La debilidad de la recuperación americana después de la recesión de 1953-54, que ha durado hasta 1957, no fue muy discutida ni comentada en aquella época. Una economía vivificada por el gran esfuerzo defensivo sostenido con ocasión del episodio de Corea podía muy bien tener necesidad de un cierto período de reposo. La recesión de 1957-58 habría debido suministrar, sin embargo, una buena ocasión para reflexionar.

En aquella época dos elementos nuevos entraron en escena. Uno estaba representado por el hecho de que durante la fase recesiva continuaba su curso una inflación de los precios. A consecuencia de tal fenómeno surgió una gran confusión acerca de las intervenciones a realizar y los fines a perseguir. Si los precios continuaban aumentando —como ocurría a principios de 1958— cuando se sabe que las demandas son inferiores a la producción y esta última disminuye bastante rápidamente, entonces las restricciones monetarias —y, en el límite, las restricciones de la demanda de bienes y servicios— no deberían ser consideradas como un arma idónea para combatir la inflación de los precios. Había que darse cuenta de que ni el Federal Reserve System ni el Banco de Ingla-

terra poseían el antídoto adecuado para combatir las excesivas demandas de salarios solicitadas por los líderes sindicales. Tales demandas debían ser combatidas de modo absolutamente distinto. En honor de las autoridades de la Reserva Federal, es necesario precisar que esto no disminuyó el ardor con que intentó enderezar la situación durante la recesión de 1957-58. Pero hacia finales de 1958, en cambio, se registró un debilitamiento en tal actitud. En efecto, a finales de 1958 comenzaron a pensar que podrían suministrar el suficiente soporte monetario a los tratos que precedieron a la desafortunada huelga de los siderúrgicos en 1960 y a otras huelgas.

Pero lo que más influyó en sus decisiones, y ha continuado ejerciendo una cierta influencia después, fue el grave déficit en los pagos exteriores. Desde la fundación del Federal Reserve System en adelante ha habido una sola ocasión antes de 1958 en la cual la política de tal entidad, dirigida prudentemente a atenuar las consecuencias del ciclo económico, terminó siendo influida por la situación externa. Fue en 1927, cuando fueron concedidos créditos con el fin de ayudar a los países europeos que desde hacía poco habían estabilizado la relación con la reserva oro. El Federal Reserve System fue criticado por este acto suyo de debilidad, aunque no es absolutamente cierto que tales críticas, incluso a los efectos de la situación económica interna de los Estados Unidos fueran justas.

Después de la recesión de 1957-58, la economía estadounidense tuvo una pronta y notable recuperación, con plena satisfacción del resto del mundo. Pero a partir del invierno de 1958-59, pareció que el movimiento de recuperación comenzaba a detenerse y, efectivamente, en 1960-61 se desarrolló prematuramente una tendencia de carácter recesivo. No hay duda de que este hecho había que imputárselo al espíritu restrictivo de las autoridades del Federal Reserve System en el invierno de 1958-59 y después, así como a la más vigorosa política de desarrollo que lógicamente podría haber sido estimulada por la baja tasa de crecimiento que siguió a la recesión de 1953-54 y que no estaba de acuerdo con el nuevo pensamiento después de 1958. También en este caso, como había ocurrido después de la recesión de 1953-54, no hubo una exacta valoración de la realidad. En lugar de pensar que los progresos realizados a partir de 1953-54 habían sido poco satisfactorios, la atención estuvo dirigida hacia nuevos factores, a los problemas de salarios y al de la balanza de pagos que parecían buenos pretextos para llevar a cabo una política de restricciones.

Mucho podría decirse a propósito de la "bills ondy policy" realizada por el Federal Reserve System después del "acuerdo" con el Tesoro en marzo de 1951. Cuando finalmente fue abandonada en 1961, se tuvo la idea de combinar una política de moderada descompresión monetaria en el interior con una política que no provocara un reflujo demasiado fuerte de capital a breve plazo. Queda todavía el hecho de que, en la recesión de 1960-61, el Federal Reserve System no adoptó nunca una política de "superdescompresión", por lo que el paro se mantuvo alto. El hecho de que las autoridades no se hayan movido en tal sentido hace resaltar las dos inhibiciones mencionadas. Los americanos que habían pensado hasta ahora exclusivamente en regular la demanda, con el objeto, entre otros, de atenuar las fluctuaciones cíclicas, han visto desviada su atención recientemente.

El gravoso déficit americano parece acabar con la posibilidad de una política de "superdescompresión" monetaria. Pero esto puede ser un pecado desde el punto de vista de las relaciones económicas mundiales. Efectivamente, el mundo sacaría ventaja de una recuperación realmente fuerte de la economía americana; de una recuperación, para entendernos, más fuerte que la habida después de 1950-52.

La otra arma del liberalismo para mantener una cierta tasa de desarrollo es la política fiscal. Teniendo en cuenta los obstáculos exteriores de una política de "superdescompresión" en el campo monetario, que podría, entre otras cosas, provocar un aumento del reflujo del capital a breve plazo —cosa que sería muy embarazosa para los americanos—, las autoridades estadounidenses han concentrado su atención recientemente sobre la política fiscal. Con este objeto, la Administración ha propuesto medidas, entre ellas la reforma del sistema fiscal, que tienden como primer fin a hacer aumentar el déficit de la balanza. Se trata de una medida lógica, aunque algunos autores sostienen que el arma financiera es más eficaz que la fiscal.

En este campo, sin embargo, la Administración tropieza con la actitud de los miembros del Congreso que, ignorando los postulados keynesianos, sostienen ingenuamente que un déficit de la balanza no es un factor positivo. Los mismos representantes del mundo académico, no muy considerados en cuanto tales por los parlamentarios, están divididos en dos tendencias de las que la "neoclásica" parece, al menos por el momento, triunfar sobre la keynesiana. El enorme espíritu conservador de los americanos tiene sus ventajas que pueden compensar o no sus desventajas.

La Administración, para realizar concretamente sus ideas, ha con-

siderado oportuno subrayar los efectos estimulantes de la reforma fiscal propuesta por ella. Ahora bien, la reacción natural de un parlamentario es que si el efecto estimulante es el operativo, los gastos federales deberían ser disminuidos para eliminar, o por lo menos reducir, los efectos de la reforma fiscal que determinan el déficit de la balanza. Parece, sin embargo, que la Administración ha cometido el grave error de proponer algunas reformas fiscales que, aunque justificadas, molestan a gran número de electores.

No es improbable, por consiguiente, que las propuestas de la Administración de una solución fiscal para facilitar el desarrollo serán rechazadas por el Congreso y no lleguen a ser operativas, por lo menos en un futuro próximo.

Se podría deducir de cuanto precede que en los Estados Unidos no hay una opinión decidida y suficientemente clara en favor del desarrollo económico interno entendido como sostén de la economía de todo el mundo libre considerado globalmente. Por el contrario, parece que en América se continúa considerando con agrado un desarrollo con bajas tasas de incremento.

Antes de pasar a Inglaterra puede ser útil examinar brevemente la base teórica sobre la que se funda la opinión de que es necesaria una política específica de desarrollo. Las políticas financieras y fiscales, como se ha visto ya, caen dentro de la ortodoxia; se podría observar, sin embargo, que el pensamiento clásico no ha considerado nunca semejantes políticas como adecuadas para promover el desarrollo sino más bien para corregir desviaciones eventuales del sistema, como el caso de recesión u otro. El pensamiento teórico prekeynesiano se inclina a considerar, siguiendo a Adam Smith, que dada la estabilidad política, el desarrollo se mantiene por sí mismo.

Keynes no tenía una teoría particular en materia de desarrollo. Pero, al respecto, es muy importante su idea fundamental según la cual no se puede confiar siempre y necesariamente en las fuerzas naturales, a las que se refiere Adam Smith, para asegurar el pleno empleo; antes bien, se puede crear en algunos casos una posición de equilibrio caracterizada por una sustancial "desocupación" de los factores productivos. Esto ocurre, por ejemplo, cuando la propensión al consumo y la propensión a las inversiones son insuficientes. Si en estas condiciones el productor hiciera el experimento de impulsar la producción por encima de un bajo nivel de equilibrio, encontraría una demanda insuficiente y se en-

contraría obligado en su mismo interés a retraer la producción a sus niveles originales.

La noción keynesiana de demanda insuficiente que se refiere esencialmente a una situación de equilibrio estático, puede ser "dinamizada" con facilidad, aunque, desgraciadamente, en el actual estudio del pensamiento económico resulta imposible presentar una completa teoría dinámica. En los países en fase de desarrollo, el estancamiento puede depender de una falta de suficientes capacidades empresariales; de aquí la idea de que un impulso que provenga de un plan centralizado pueda resultar útil. En las economías maduras podemos admitir que existe un margen de capacidad empresarial potencial dispuesto a aprovechar las oportunidades que sean ofrecidas por las favorables perspectivas de mercados en expansión, suponiendo siempre que existan suficientes recursos disponibles que no hayan sido completamente utilizados. Parecería así que tales economías deban entrar automáticamente en la órbita del desarrollo más fuerte que sean capaces de alcanzar.

Pero ¿qué ocurrirá si empresarios avisados, aun dándose las más favorables perspectivas posibles, no estiman que los mercados se expandirán en tal medida como para hacer ventajoso el pleno empleo de los recursos no completamente utilizados? Esto es lo que ha ocurrido en Inglaterra desde 1955, quizá con la excepción de un breve período al principio de 1960. ¿Qué hay en la naturaleza de un sistema basado en la libre iniciativa que hace aparecer a los empresarios las perspectivas de expansión lo bastante buenas para empujarles a aprovechar los recursos no completamente utilizados, y, por consiguiente, a crear una situación en la que el sistema económico se desarrolla al máximo de sus posibilidades? Keynes, a este respecto, ataca la ley de Say, según la cual la oferta crea siempre la demanda. ¿Puede ser la ley de Say invalidada tanto en la teoría dinámica como en la teoría estática? Si es así, los empresarios que hayan adelantado previsiones favorables, podrían ser castigados. Pueden darse casos en los cuales sólo si un *suficiente número* de empresarios se muestra optimista, puede ser justificada tal confianza; pero no si su número es demasiado restringido. Esto crea una situación de incertidumbre, estando confiado todo a reacciones psicológicas. Puede ocurrir, en cualquier caso, que una vez establecida la teoría dinámica sobre bases más ciertas, esta incertidumbre desaparezca.

Es en este orden de ideas donde hay quien puede ver la necesidad de adoptar planes de desarrollo del tipo del francés, cuya filosofía puede sintetizarse así: "Dad a los empresarios la perspectiva cierta (o probable)

de mercados en expansión y ellos los abastecerán.” En Inglaterra se ha creado un organismo (National Economic Development Council) al que se ha confiado la misión de adelantar previsiones sobre la base del potencial de desarrollo que posee el país; también han sido consultadas numerosas industrias importantes. Se ha averiguado ya que se podría alcanzar una tasa anual de desarrollo del 4 por 100. No se sabe todavía qué uso se hará del trabajo de este organismo, ni si está destinado o no a constituir el núcleo de una organización encargada de elaborar planes del tipo del francés. De todos modos, volveremos sobre el tema.

Inglaterra se ha encontrado en relación con el exterior en una situación bastante grave a continuación de la segunda guerra mundial y por las consecuencias que ella trajo. Y esto bajo un doble aspecto. Por una parte, en el período precedente a la guerra las entradas netas “invisibles” llegaban a pagar cerca de un tercio de las importaciones británicas f.o.b., mientras que en 1960 y 1961 han llegado a cubrir sólo el 2 por 100. Por otra, la guerra dejó como herencia una fuerte deuda bajo forma de obligaciones a la vista o breve plazo que se remontaban a cerca de tres mil quinientos millones de libras esterlinas.

La caída de las entradas invisibles dependía esencialmente de la flexión de las rentas netas por inversión. Esto era debido, en parte, pero no completamente, a las ventas de participaciones extranjeras que Inglaterra se había visto obligada a efectuar en los primeros años de la guerra para poder satisfacer los compromisos asumidos por el esfuerzo bélico. La misma inflación del período bélico y posbélico tuvo un efecto corrosivo, reduciendo el poder adquisitivo (en términos de bienes de importación) de las sumas debidas al exterior a una tasa de interés fijo. La situación, ya grave, fue agravada todavía más por la drástica y absolutamente innecesaria devaluación de la libra esterlina en 1949. Inglaterra debía también pagar intereses de las deudas que habían sido contraídas. Además, sobre la balanza de pagos gravaban cada vez más los fuertes gastos militares efectuados en el extranjero, los cuales no figuraban antes de la guerra. Como ya he subrayado en otro artículo mío (*Rivista di Politica Economica*, octubre de 1962), he calculado que Inglaterra debía aumentar sus propias exportaciones cerca del 65 por 100 para alcanzar una posición satisfactoria *antes de aumentar las importaciones*. Tal aumento adicional de importaciones debería ser pagado con una cuota adicional de exportaciones. La carga de producir esta masa de exportaciones sería enorme y, de cualquier modo, mucho más pesada que las sumas

que Alemania tuvo que pagar en el cuadro de las reparaciones bélicas después de la primera guerra mundial.

Inglaterra buscó, a partir de 1948, enderezar su balanza de pagos ante todo imponiendo rígidos controles sobre las importaciones consideradas superfluas, y en segundo lugar, recurriendo a diversos métodos para hacer aumentar las exportaciones, entre otros el de atribuir al Gobierno la distribución de materias primas para denegar estas materias a las industrias, a no ser que demostrasen de modo concreto que un cierto porcentaje (a menudo muy alto) de su producción estaba destinado a la exportación. Antes de 1948 la deflación no parecía ser considerada como un método idóneo para reequilibrar la balanza exterior. Pero, a continuación, el canciller, que entonces era sir Stafford Cripps, empezó a practicar una política deflacionista actuando sobre el plano financiero.

Hasta 1958 la balanza de pagos corrientes no dio preocupaciones; excepción hecha de un gravoso déficit en 1951, debido sobre todo a la guerra de Corea, y a otro, menos grave, en 1955 —año culminante del *boom* de las inversiones en Inglaterra—, se registró siempre un activo de alrededor de 200 millones de libras esterlinas. A medida que las exportaciones aumentaban —y aumentaban con ritmo realmente satisfactorio—, las restricciones a las importaciones iban siendo progresivamente eliminadas; empezando por las que gravaban las materias primas. De 1955 en adelante, las restricciones a las importaciones de manufacturas fueron levantadas más de prisa de lo que la balanza británica podía permitirlo. Este hecho no estaba desconectado con el retorno de la convertibilidad de la libra esterlina. *De facto*, la convertibilidad de la libra fue restaurada en febrero de 1955, con un descuento de apenas un 1 por 100 sobre la “transferable account sterling”. La plena convertibilidad fue alcanzada a fines de 1958, con la absorción de la “transferable account sterling” en “official sterling”, aunque el tipo de interés seguía siendo el mismo, de acuerdo con la paridad del F. M. I. (Fondo Monetario Internacional). Se abrió camino entonces la idea de que el retorno a la convertibilidad hacía necesario acelerar el proceso de desaparición de los obstáculos impuestos a la importación. No había ninguna lógica en esta idea, pero estaba fuertemente mantenida por los americanos (y por los canadienses). La lógica vino después, pero en otra dirección. Puesto que el retorno a la convertibilidad entrañaba inevitablemente algunos riesgos (incluso en relación con los 3.500 millones de libras esterlinas mencionados poco antes), los ingleses debían tener especial cuidado en el ritmo de actuación de la política de desaparición de las restricciones a

la importación. Pero ambos procedimientos no tenían ninguna conexión entre ellos. Efectivamente, dar a los no residentes absoluta libertad de hacer lo que querían con sus libras esterlinas, incluida la posibilidad de convertirlas en dólares, es una cosa; otra, el grado de protección fijado con la imposición de restricciones a la importación. En el primer caso se trata de un paso absolutamente necesario que no podía ser pospuesto más tiempo. Si lo hubiera sido, los extranjeros habrían empezado a convertir sus esterlinas a gran escala en el mercado negro, con gran desventaja para las reservas de oro británicas. El grado de protección necesario en un período en el que Inglaterra se estaba recuperando de las pérdidas de la guerra era una cuestión totalmente diversa. Había mucha confusión entonces al respecto y nadie se molestaba en considerar, bajo el imperio del "slogan" "ahora todos somos multilaterales", los aspectos cuantitativos del problema. Sólo puede decirse que los optimistas estaban envalentonados por el hecho de que era necesario un cierto período de tiempo antes de que la liberalización de las importaciones de productos acabados tuviera sus plenos efectos.

En 1955 en Inglaterra fueron adoptadas medidas para frenar la demanda. Probablemente estaban justificadas por el *boom* de las inversiones entonces existente. Fue este el último año de la inflación de la demanda en Gran Bretaña. (A decir verdad ha habido algún síntoma de inflación de la demanda durante algunos meses, a principios de 1960.) En 1955 la balanza de pagos se encontraba en posición desfavorable. Sin embargo, se recuperó en 1956 y se mantuvo estable durante otros tres años. Pero a pesar de que la balanza de pagos fuera favorable, en 1957 hubo una peligrosa crisis de la libra esterlina provocada por la desvalorización del franco francés y los numerosos rumores que siguieron inmediatamente acerca de una próxima valorización del marco alemán, acontecimiento éste que tuvo lugar sólo tres años y medio más tarde.

Como resultado de las medidas restrictivas de 1955, la economía británica permaneció firme, salvo algunas pequeñas oscilaciones, durante tres años. Parece que las autoridades se preocuparon mucho por la balanza de pagos, y la crisis de 1957 aumentó tales preocupaciones. Las medidas restrictivas fueron entonces reforzadas y llevaron a una recesión en 1958 que, por otra parte, fue un año de recesión para todo el mundo. Puede ocurrir que las autoridades británicas estuvieron empujadas sobre todo por el continuo aumento de salarios no proporcionado al aumento de la productividad en el período 1955-58. Aquí hay una paradoja. Los aumentos de salarios efectivamente habían superado los de la productivi-

dad, entre otras cosas porque la productividad y la producción estaban en una fase estática y la demanda de inversiones estaba disminuyendo. En una situación así, únicamente si las autoridades hubieran levantado las medidas restrictivas hubiera podido reducirse la inflación provocada por la elevación de los salarios.

En los últimos meses de 1958 el Gobierno adoptó de nuevo medidas expansivas en distintos campos, y lo mismo la producción que la productividad aumentaron rápidamente durante dieciocho meses. Pero en este punto la balanza de pagos comenzó a empeorar seriamente, llegando a un déficit que no había sido nunca alcanzado desde 1947 (si se exceptúa el período de la guerra de Corea). Esto era debido principalmente a la demasiado repentina eliminación de las restricciones a la importación, pero de cualquier modo influía también en un empeoramiento de las partidas "invisibles"; y en 1960 se notó una cierta acumulación de "stocks" que parece que confundió las ideas de las autoridades.

En la primavera de 1960 fueron adoptadas nuevamente medidas restrictivas. Probablemente una ligera dosis de restricciones monetarias, con una duración de algunos meses solamente, hubiera estado justificada tal como se estaba desarrollando la situación. Pero los procedimientos fueron puestos en práctica y reforzados en julio de 1961, cuando el sistema había estado expuesto a tensiones durante un largo período. Ahora (en 1963) hace tres años que estamos en una situación de pesadez. La historia se ha repetido una vez más. En efecto, se ha tenido primero un período de pesadez durante tres años, 1955 a 1958, con medidas restrictivas reforzadas hacia la mitad del período (cuando las inversiones estaban declinando desde algún tiempo) a causa de una crisis de la libra esterlina. Después ha habido otro período de pesadez que ha durado también tres años, 1960-1963, con medidas restrictivas reforzadas hacia la mitad del período (cuando las inversiones estaban disminuyendo) a causa de un grave empeoramiento de la posición de la balanza de pagos. Debe subrayarse que las medidas restrictivas tomadas en 1961, aun cuando fueran negativas, desde un punto de vista general, alcanzaron de hecho su objetivo de mejorar sustancialmente la balanza exterior inglesa, a través de la disminución de las importaciones de materias primas.

Entre ambos períodos trienales ha habido una fase de notable recuperación que duró dieciocho meses. Pero es inútil suponer que todo el terreno perdido en las pausas y en las recesiones pueda ser recuperado en breves intervalos sin una enérgica actuación de las autoridades. El desarrollo debe ser un proceso continuo. Los programas para la moder-

nización de las instalaciones son cosa que requiere prudencia; y se puede elaborar únicamente con experiencia tras las espaldas; los cuadros de trabajadores cualificados deben ser aumentados y el trabajo dirigido a los centros de expansión. ¿Y cómo puede pensarse que los empresarios se guíen por el optimismo al juzgar la futura marcha del mercado, sin la cual no puede realizarse el desarrollo potencial de la economía, cuando la experiencia enseña que, de ocho, seis años el mercado se ha mantenido paralizado a consecuencia de una deliberada política gubernamental? En muchos países del mundo los diversos gobiernos han hecho lo posible por promover la expansión, a veces sin éxito, y en algún caso, como, por ejemplo, en algunos países de Sudamérica, con el efecto de provocar un rápido proceso de carácter inflacionista. Sin embargo, la intención de todos estos gobiernos era provocar la expansión. La experiencia británica es indudablemente única en el mundo entero; no se ha visto nunca a un gobierno impedir durante seis años la expansión económica. Dícese esto no para acusar al Gobierno inglés, sino más bien para exponer un problema que, a la luz de la situación actual, interesa a todo el mundo.

Se ha aludido antes a la crisis de la libra esterlina de 1957 que, aun siendo una crisis falsa, ha tenido una enorme importancia por las medidas negativas que fueron tomadas para combatirla; y esto nos lleva a la segunda de las dificultades encontradas por el Reino Unido en el período posbélico: la particular postura de los tenedores extranjeros de créditos en esterlinas. Durante varios años después de la guerra insistí largamente en la necesidad de consolidar estos créditos, y, sobre todo, aquellos fuera del área de la libra esterlina; insistí tanto, que mi postura tuvo el poder de agotar la paciencia de mis colegas economistas y me expuse a la crítica de tener una idea fija, hasta que el proyecto se convirtió en irrealizable. Con el Agreement (1945), con el que los americanos concedieron en 1946 importantes créditos, los ingleses se comprometieron precisamente a consolidar la mayor parte de estos créditos; el resto debía ser convertido inmediatamente en oro o condonado por los acreedores como contribución por la derrota de Hitler. Los ingleses afirmaron que sus acreedores, una vez consultados, habían demostrado no querer aceptar tal consolidación y que, por otra parte, una consolidación unilateral, sin el consentimiento previo de los acreedores, habría sido una contravención de una obligación mucho más grave que la falta de cumplimiento de los términos del "American loan Agreement". La existencia de estas deudas abiertas ha sido un peso continuo para Inglaterra

y, en la medida en que han representado un obstáculo para la actuación por parte británica de una política de desarrollo más equilibrada, tal circunstancia ha dañado de rechazo al resto del mundo.

Pero, bajo otro punto de vista, estas deudas han sido una gracia divina para el mundo libre. La libra esterlina se ha convertido en una "valuta de reserva", considerada como suplemento de otras formas de reserva y empleada como medio de regulación internacional, incluso para transacciones que no tienen ninguna conexión con el área de la libra esterlina. Por largo tiempo estos créditos, habiendo alcanzado un nivel aproximadamente de 10.000 millones de dólares, superaron el valor de los créditos extranjeros en dólares y son todavía una parte importante del conjunto de todos los medios de pago internacional. Con el mundo que se encuentra en una situación de falta de liquidez, estos créditos en esterlinas han venido a desarrollar una función útil e incluso indispensable en el sistema monetario mundial. Las tentativas al respecto para encontrar un sustitutivo han sido hasta ahora vanas. Este es un hecho que debería pesar sobre las decisiones de la política británica futura, dado que cualquier elemento apto para aumentar las fuerzas mundiales que impulsan a la deflación podría dañar también a Inglaterra. Si con un plumazo pudieran ser abolidos los créditos extranjeros, los países acreedores querrían oro en su lugar. Ahora bien, como no se dispone de grandes cantidades de oro, la batalla de estos países entre sí para adquirirlo aumentaría las fuerzas deflacionistas internacionales.

Debe señalarse a este respecto que al principio la libra se empleaba como valuta de reserva en medida muy inferior a la actual. Su importancia consistía en el hecho de que Londres ha sido por largo tiempo el mercado menos costoso donde tomar a préstamos capitales a breve plazo; y que una parte del comercio internacional estaba financiado por letras aceptadas por firmas londinenses y descontadas en Londres; y que, por consiguiente, todo este comercio estaba alimentado y sostenido por la libra esterlina. Para Inglaterra, las grandes sumas que eran entregadas a breve plazo en préstamo constituían una reserva de segunda línea, dado que un aumento de la tasa bancaria descorazonaba a los prestamistas marginales y de este modo daba inmediatamente un esencial y positivo apoyo a la balanza de pagos inglesa que permitía eliminar eventuales déficit temporales en otras monedas.

Ha llegado el momento de volver al problema de qué debería hacer Inglaterra para aumentar su tasa de desarrollo, lo que es deseable no solamente en interés de Inglaterra, sino también en interés de los países

en fase de desarrollo, cuya economía depende en gran medida de las ventas de materias primas. En Inglaterra ha habido un difundido descontento en lo que respecta a la política descrita en los anteriores párrafos, definida hoy habitualmente como la política de "stop y adelante". El Gobierno, cuya popularidad no ha sido excesiva, sobre todo en los últimos años, desearía probablemente activar una efectiva recuperación en el próximo año. El ex canciller británico Selwyn Lloyd, en la época en que adoptó las infaustas medidas adicionales de "descompresión", en julio de 1961, nombró el National Economic Development Council, al que nos hemos referido ya. Esto puede atribuirse a su mejor naturaleza, pues intentaba, por una parte, estimular el desarrollo, y, por otra, lo frenaba, y al mismo tiempo darle un carácter perdurable.

El Council ha publicado ya parte del material; además, algunas de sus deliberaciones han trascendido y han sido reproducidas por el diario "The Guardian". A lo que parece, el esfuerzo principal se ha dirigido hacia la determinación de cómo Inglaterra podría aumentar su potencial de oferta. Han sido tocados otros puntos, como, por ejemplo, el del aprendizaje, etc., que en el momento oportuno podrán resultar útiles. Sin embargo, no parece que el Council haya dedicado suficiente atención al problema principal de Inglaterra: el de incrementar la *demanda*. Es totalmente obvio que la industria británica en los últimos ocho años habría podido producir más de cuanto ha producido solamente con que la demanda hubiera sostenido una mayor oferta. Es posible, naturalmente, que resulte difícil aumentar en un 4 por 100 al año el producto nacional bruto sin las mejoras respecto al aprendizaje, etc., deseadas por el NEDC. Pero esto no parece probable. En el período de siete años, 1948-1955, la producción industrial que representa la parte mayor y más importante del producto nacional bruto aumentó con una tasa anual del 4.6 por 100, superior a la fijada por el NEDC. Es verdad que en el mismo período el producto nacional bruto aumentó anualmente sólo el 3,5 por 100; sin embargo, el producto nacional bruto es, en su conjunto, algo complejo, cuya fisonomía puede depender en parte de los métodos estadísticos empleados para medirlo. De todos modos, lo que el NEDC busca realizar, sobre todo, es un incremento de la producción de los bienes industriales. Queda el hecho de que en los años después de la guerra, en los que no ha sido contraída la demanda de producción industrial, ha aumentado a un ritmo superior al fijado por el NEDC. Es posible que si se permitiera sencillamente a la demanda aumentar el 4 por 100, o incluso una tasa anual superior, los empresarios sabrían encontrar fá-

cilmente el modo de satisfacer tales incrementos, aunque fuera con algún riesgo inevitable de retrasos o estrangulamientos. En los últimos años, la falta de mano de obra especializada ha provocado preocupaciones. Esto puede atribuirse a falta en los empresarios de motivos suficientes para adiestrar a cuadros más amplios de obreros cualificados.

Mi opinión es que es imposible juzgar si un plan del tipo del francés es adecuado para Inglaterra hasta que no se experimente lo que los empresarios sean capaces de hacer en una situación en la que el incremento global de la demanda sea mantenido y en el que existan serias perspectivas de que tal incremento no será sofocado (siempre a condición de que no resulte excesivo) por medidas paralizantes tomadas por parte del Gobierno.

Sea fácil o no para los empresarios británicos mantener una tasa de desarrollo anual del 4 por 100 sin ser ayudados y por su iniciativa, es perfectamente claro que al menos pueden asegurar, dada la demanda, una tasa de desarrollo indudablemente superior a la que se registró desde 1955. Por lo tanto, el problema de cómo hacer aumentar la demanda —lógicamente hasta un nivel en el que pueda ser satisfecha—, se debe prestar más consideración y más atención que al problema de cómo ayudar a los empresarios a aumentar la oferta.

Podemos volver ahora a los dos problemas de Inglaterra: la débil balanza de pagos corriente exterior y las no pagadas "sterling balances". Cada medida tomada para aumentar la demanda debe debilitar inevitablemente la balanza de pagos corriente a consecuencia de la mayor demanda, por parte de la industria, de materias primas, etc. Esta es la razón principal por la que las autoridades británicas continúan todavía hoy dudando sobre la oportunidad de dejar a la industria inglesa libre para expansionarse.

Entre las medidas ortodoxas adecuadas para reactivar la demanda, la política monetaria, según el pensamiento económico tradicional, se encuentra en primer lugar. Este método, como cualquier otro, tendría repercusiones negativas sobre la balanza de pagos corrientes. Aún más, podría tener además un efecto que diera lugar a preocupaciones todavía más graves. Desde que ha vuelto a la convertibilidad, Inglaterra se ha visto obligada a mantener tasas de intereses internos elevadas, y esto para hacer que los tenedores extranjeros de créditos en esterlinas los mantuvieran en esterlinas. Hemos visto ya que los americanos alimentan una ansiedad equivalente temiendo que una política de moneda "ultra-fácil", como la que se hizo tradicional en las anteriores recesiones, podría

determinar un aumento de deflujo de capital a breve plazo. Así estos créditos exteriores de libras esterlinas, por cuya consolidación he luchado tanto hace diecisiete años, continúan hundidos.

Recientemente en algunos ambientes ha prevalecido la opinión de que la política monetaria no tiene gran efecto sobre el desarrollo. El informe de la comisión Radcliffe sobre el funcionamiento del sistema monetario, que, por otra parte, se apoya sobre bases teóricas muy débiles, parece confirmar esta opinión. (El informe ha expresado la idea de que la tasa bancaria no tiene gran influencia sobre el flujo internacional de capitales a breve plazo. Esto ha sido ampliamente refutado por la experiencia realizada no sólo en Inglaterra en los últimos años.) Personalmente sostengo la opinión de que la política monetaria es de importancia fundamental en relación con el aumento de las inversiones y que ni en los Estados Unidos ni en el Reino Unido pueden esperar realizar adecuadas tasas de desarrollo si no reducen sus tasas de interés a largo plazo por debajo de los niveles actuales. No considero que en la mayor parte de los casos la tasa de interés despliegue su influencia a través de un cómputo claro de la relación entre el coste del mismo interés y una previsión sobre el rendimiento de una perspectiva de inversión. Diría más bien que la tasa de interés registrada en un mercado de capitales, organizado y controlado por el Estado, representa una especie de barómetro de la situación que indica si obtener créditos es fácil o no. Los diversos productores tienen sus propios y regulares canales de financiación; si se bloca uno, recurren a otro; si todos están bloqueados, renuncian al programa. El crédito es, por lo tanto, un fenómeno de gran importancia.

Sugiero a este respecto cuatro métodos con los que Inglaterra podría superar estos obstáculos:

1. Inglaterra debería estar dispuesta a considerar la oportunidad de reducir sustancialmente los créditos extranjeros en esterlinas mediante la disminución de los incentivos que los mantienen vivos, sea a cargo de sus reservas, sea, si es posible, a cargo de sus disponibilidades en el Fondo Monetario Internacional (FMI). ¿No se podría persuadir a este organismo, que recientemente se ha hecho más flexible en alguno de sus principios, a aceptar el diferir *sine die* la cuestión de los pagos hasta que esas disponibilidades inglesas estuvieran equilibradas por reducciones correspondientes de los créditos exteriores en esterlinas? Este sería un sistema para transferir algunas cuentas en esterlinas al FMI, como propuso el profesor Triffin en su plan. He criticado este plan, definiéndolo como irrealizable y capaz de reducir la liquidez mundial. Se debe recordar que

solamente una parte, probablemente sólo una pequeña parte, de los créditos en libras esterlinas sería retirada a consecuencia de una reducción de los tipos de intereses ingleses; la mayor parte, efectivamente, permanecen sin ninguna relación con el interés de que disfrutan.

2. Los Estados Unidos y el Reino Unido podrían llegar a un acuerdo, del que se beneficiarían ambos, según el cual se comprometerían a adoptar las políticas monetarias necesarias para rebajar sus respectivas tasas de interés en una cierta cuantía; por ejemplo, del 1 ó 1,5 por 100. Otros países industrializados que no consideraran perjudicial para su propio sistema económico adoptar más bajas tasas de interés, podrían ser invitados a participar en el acuerdo.

3. En consideración al hecho de que los tipos de interés a breve y a medio plazo tienen una fuerte y recíproca influencia, debería ser más sencillo para Inglaterra que para los Estados Unidos rebajar su tasa a largo plazo mucho más que la tasa a breve plazo. Esto se debe al carácter, por así decir especializado, del mercado de descuento de Londres y a su separación del mercado de las cotizaciones del oro. Para explicar las cosas de otro modo, la cantidad de moneda aumentaría de modo notable, lo que traería consigo una rebaja de los tipos de interés a largo plazo y haría más fácil el crédito para inversiones, mientras que la tasa de interés en el mercado de descuento se mantendría a un nivel que podría ser considerado artificial. Todo esto podría obtenerse equilibrando el incremento de liquidez a través de un incremento de los bonos del Tesoro, que puede esperarse sea rebajado. Esto implicaría una cierta suma de verdadera Deuda nacional "no consolidada", que iría contra la dirección de las autoridades.

4. Se podría aplicar el mecanismo del mercado "en punta" de los cambios exteriores. Las autoridades americanas y alemanas han recurrido ya a este sistema, pero con finalidades del todo diversas de las que se proponen en este lugar. Los ingleses podrían sostener las cotizaciones exteriores de la libra esterlina por encima de su paridad. Esto significaría, de hecho, conceder a los tenedores extranjeros de bonos del Tesoro una tasa de interés superior a la concedida a los tenedores nacionales. Esta solución costaría dinero, naturalmente, dado que cada tres meses el Gobierno tendría que pagar una suma determinada a los tenedores extranjeros de bonos del Tesoro. El coste, sin embargo, sería siempre inferior al que podría derivar de una tasa bancaria situada a un nivel permanentemente más alto. Además, desde el punto del presupuesto del Estado, habría un cierto ahorro. De todos modos, es necesario precisar que sería

del todo ilógico adoptar esta solución sin una plena confianza en el extranjero de que la libra esterlina no será nunca desvalorizada.

Frente a estas dificultades surgidas en la elaboración de una adecuada política de desarrollo en el campo monetario, los ingleses, como los americanos, se han inclinado hacia la política fiscal. El inconveniente es que en Inglaterra, quizá mucho más que en América, una política de descompresión fiscal requiere una política de descompresión monetaria. Se tendría un notable mejoramiento de la situación si el canciller buscase hacer frente a todos o la mayor parte de sus compromisos "below-the-line" por medio de préstamos; los desembolsos que no deben mantenerse "below-the-line" son, sobre todo, los destinados a gastos de carácter productivo, por ejemplo, los de las industrias nacionalizadas y los exigidos para hacer frente a las necesidades de la administración local. El ahorro individual ha aumentado notablemente en el último año y puede hacer frente perfectamente a las necesidades de capital. Verdaderamente, si el canciller hace frente por vías distintas de las fiscales a aquellas necesidades en la parte de su competencia, se consigue asegurar dos veces su cobertura y esto tendrá una notable eficacia en el sentido deflacionista sobre la economía.

Para hacer frente a tales necesidades de modo diferente a la imposición fiscal, el Gobierno debe contraer deudas. La dificultad está en que desde la guerra los inversores —incluidos aquí los fondos para pensiones, fundaciones, etc.— han demostrado siempre una cierta aversión frente a los títulos "seguros" (los estatales). Se ha producido así una situación paradójica. En el período prebélico el Gobierno no ha aumentado de ningún modo la deuda nacional, sino que en ocasiones incluso ha hecho algún pequeño reembolso. Ahora, en cambio, debe buscar casi la mitad de las necesidades netas del capital industrial del país (empresas nacionalizadas, etc.) porque estas empresas pueden encontrar fondos sólo si se consiguen cubrirlos con la garantía del Tesoro, mientras que al mismo tiempo los inversores están convirtiendo los títulos "seguros" en acciones. El Gobierno podría, por lo tanto, encontrar difícil el estimular eficazmente la economía desde el lado fiscal recurriendo al crédito para sus propias necesidades de capital, sin adoptar ninguna facilidad en el plano monetario. Así se choca de nuevo contra el mismo obstáculo.

Entre el tercer trimestre de 1960 y el tercer trimestre de 1961 los consumos aumentaron (en términos reales) el 1,6 por 100 solamente, y el 1,3 por 100 en el año siguiente. Ahora bien, puesto que las inversiones deben aumentar más que el consumo, habrá pocos incentivos para

invertir si la demanda de bienes finales aumenta con un ritmo tan lento. Es necesario, por lo tanto, que la demanda de productos terminados sea estimulada por intervenciones de naturaleza tanto monetaria como fiscal.

Es casi innecesario decir que es inútil buscar estimular la demanda a través de aumentos de salarios desligados de aumentos de productividad. El consiguiente aumento de demanda monetaria es anulado inmediatamente por un aumento equivalente de los costes monetarios y, por lo tanto, no hay ningún aumento en la demanda real de bienes y servicios. Al mismo tiempo, los más altos costes de producción pueden dañar las exportaciones y poner en peligro el desarrollo.

Muy lentamente las autoridades británicas han empezado a afirmar que la inflación de la demanda y la inflación de los costes son dos cosas distintas, y que, por ello, deben ser afrontadas de modo diverso. Desde 1955 no ha habido en Inglaterra inflación de la demanda; por el contrario, ha habido una inflación de los costes. Uno de los motivos de la creación del NEDC fue que éste había podido suministrar la base para desarrollar una política más racional de incrementos de salarios a través de la definición y la indicación de las posibles tasas de desarrollo de determinados sectores de la economía, comprendido el de los consumos. Después de una cierta vacilación, eminentes dirigentes sindicales aceptaron formar parte del Council. Está claro que ellos tienen completa confianza en la objetividad del NEDC. Estando así las cosas, algunos esperan que el Council consiga lograr que por parte de los sindicatos se adopte una línea de conducta más racional.

Si se alcanzase esta meta, Gran Bretaña conseguiría notables ventajas. En efecto, desde hace algún tiempo, los salarios ingleses están aumentando más lentamente que los franceses y alemanes. En Francia, la situación ha sido afrontada por medio de desvalorizaciones sucesivas; en Alemania el aumento ha sido soportable porque los salarios habían partido de un nivel base muy bajo. Ahora bien, si realmente se consiguiera crear un clima de comprensión en materia de salarios, Inglaterra vería crecer enormemente su propia capacidad competitiva.

Desgraciadamente, las aguas han sido un poco enturbiadas por la creación de la National Incomes Commission que los líderes sindicales no apoyan. Se considera, en efecto, que esta comisión pueda tener poder de decisión en las controversias sobre salarios y que, sobre todo en lo que respecta al nivel máximo de los incrementos de salarios, al decidir esté

guiada por el Tesoro. No se piensa que la comisión tenga un gran papel que jugar.

En lo que concierne al NEDC, es cierto que no se convertirá en el núcleo central de un organismo del tipo del que en Francia está encargado de la elaboración del plan; sin embargo, podrá desarrollar una importante función en cuanto a asegurar la colaboración entre los dirigentes industriales y sindicales en la definición de una política de desarrollo nacional. Y continuará ciertamente elaborando sus propios cálculos acerca de la flexibilidad y la recíproca compatibilidad de las tasas de desarrollo de los diversos sectores y de las diversas industrias.

Se presta todavía demasiada poca atención al problema fundamental del desarrollo inglés, es decir, cómo aumentar la demanda de bienes y servicios sin dañar la balanza de pagos.

En mi opinión, el desarrollo debería tener la prioridad. He adelantado ya sugerencias acerca del modo de adoptar una baja tasa de interés, a pesar de los fuertes créditos de libras esterlinas que el exterior tiene frente a nosotros. Lo mismo que para la balanza de pagos corrientes, soy de la idea de que Inglaterra debería adoptar nuevamente restricciones temporales a la importación de productos acabados no necesarios, y con ello dar a las exportaciones tiempo para aumentar y colmar el déficit que Inglaterra está arrastrando desde la última guerra.

Para concluir, es difícil prever una recuperación sobre nuevas bases en los Estados Unidos. Por el contrario, en Inglaterra la situación es distinta, en parte porque este país está más expuesto y, por lo tanto, sus problemas son más urgentes. La existencia del NEDC, una actitud negativa de la opinión pública en lo que se refiere a la política del "stop y adelante" y el deseo del Gobierno de hacer algo en esta fase final del presente Parlamento, hacen pensar que está próximo algún cambio importante. Esto no significa que Inglaterra adoptará una política de plan del tipo francés para el desarrollo.

ROY HARROD